

Percepciones en transformación

Jóvenes, tecnologías y espacio público

por **María Antonieta Teodosio****Resumen**

Este artículo indaga quiénes son los jóvenes de hoy, qué piensan sobre ellos mismos, sobre sus pares, el vínculo con sus progenitores en relación con las nuevas tecnologías. ¿Será posible que los sentidos propios del proyecto moderno hayan llegado hasta estos jóvenes? ¿Qué percepciones se han transformado en ellos? ¿Cómo se orienta la configuración identitaria? ¿Hay relación entre sus modos de percibir y un mundo organizado alrededor de las tecnologías de la información y la comunicación? ¿Qué saben del espacio público, qué hacen con él? ¿Es parte de su cotidianidad?

Esta indagación expresa la necesidad de conocer a un sujeto en permanente cambio y que vive la instantaneidad. En ese juego de saber quiénes son los jóvenes de hoy, fueron conformados grupos de discusión, con una muestra acotada para un estudio cualitativo. Los resultados que se muestran se pretenden útiles para la provisión de políticas públicas, adecuadas a este sujeto y en un contexto particular.

Palabras clave

Jóvenes - identidad - espacio público - tecnologías de la información y la comunicación - educación

Abstract

This article asks about young people: who they are, what they think about themselves, their pairs, the relationships with their parents and new technologies. Would it be possible that Modernity project has reached them? What perceptions have changed among them? How are their identities configured? Are there any connections between their perceptions and a world organized on information technologies? What do they know about public space? What do they do in it? Is it part of their ordinary life? This research shows that we need to know more about individuals in permanent change and who live each instant. In order to answer this, we organized discussion groups. The results pretend to give some ideas for public policies in specific context.

Keywords

Young people - identity - public space - information technologies - education

¿Qué hacen los jóvenes con las tecnologías? es una pregunta que empieza a ser reiterada y, a la vez, necesaria. Se trata de entender, de comprender este presente para intuir el futuro y generar herramientas válidas para intervenir en el presente y transformarlo.

Evidentemente, los jóvenes transforman aquello que reciben como representaciones elaboradas por los adultos, haciéndose cargo de un diálogo solapado y de una visión crítica, con lo que están escribiendo otra historia que sobrescribe, arruga, y desecha lo previo con capacidad creadora, re-creadora y con velocidades desconocidas. El tiempo de estas nuevas generaciones fluye con rapidez y sus prácticas devienen fugaces, transitorias, precarias, inabarcables.

Es a partir de esa premisa que se consideran sus percepciones dinámicas, en transformación. No permanecen quietas sus maneras de percibir como tampoco los objetos. Hay liquidez en el universo de sentidos que entraman. Las certezas son parte de un pasado que los jóvenes aprenden en la escuela y en algunos relatos familiares. El presente, el

María Antonieta Teodosio

mateodosio@gmail.com

Profesora en Letras, Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Docente e investigadora, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP y Universidad Nacional de Quilmes. Cursó la Maestría PLANGESCO y la Especialización en Prácticas, medios y ámbitos educativo-comunicacionales, FPyCS, UNLP. Es firmante del II Pronunciamento Latinoamericano por una Educación para Todos.

puro presente, es una fuerza que de manera permanente los sitúa fuera de sí mismos, a la vez que los convierte en otro.

En un mundo de sujetos que no quieren envejecer y donde se ofrecen espacios virtuales en los que se puede ser lo que cada uno quiera ser, más allá de cualquier condicionamiento, el de los jóvenes constituye un espacio simbólico pretendidamente ideal, hacia el que las industrias culturales movilizan.

En ese marco, las preguntas que se formulan al respecto son variadas, y ponen en el centro el corrimiento que los jóvenes establecen en las percepciones respecto de las tecnologías y del espacio público, para interrogar acerca de los criterios con los cuales modelan sus identidades, realizan usos –que se podrían denominar “plásticos”– de las tecnologías y conceptualizan el espacio público.

Acerca del método

Para avanzar en este tema, es útil para abordar el conocimiento de este objeto en permanente transformación la imagen del surfista, alguien que parado en las olas con curiosidad, atención y paciencia, aprende de ellas algunos saberes más propios del científico. Así el investigador-barrenador asume la certeza de que el conocimiento esperado o ideal es imposible, porque su objeto se encuentra en permanente cambio y se resiste a ser aprehendido, y reconoce que la abstracción que producen los modelos nunca es la realidad. Es en ese momento cuando acepta el desafío y se prepara para conocer.

Desde esa perspectiva, la investigación ha requerido del trabajo grupal, en tanto instancia de producción

colaborativa del conocimiento, y de decisiones que estriban en el orden de lo metodológico que, en este caso, dieron pie a la indagación del objeto, las percepciones juveniles, a través de los llamados grupos de discusión. Esta técnica, aunque habitualmente empleada en trabajos ligados a los estudios de mercado –para detección de necesidades, caracterización de productos y análisis del consumo– sirve en este caso a los fines de poner en hechos aquello que, en cierto modo, define a los jóvenes, como es la grupalidad.

En esta ocasión, fueron convocados jóvenes de edades que van desde los 18 a los 25 años, cuyo denominador común es ser residentes del casco urbano de la ciudad de La Plata. Por su reconocida característica de ser ciudad universitaria es que los asistentes son mayoritariamente estudiantes. Sólo algunos declaran que trabajan. Otra recurrencia es que son de procedencias variadas, estudiantes del interior del país en muchos casos, que durante el lapso que ocupa su carrera universitaria se instalan en la ciudad. Los grupos, en este caso, fueron conformados es-

pecíficamente para este cometido, sin que constituyeran, previamente, grupos de amigos.

El conocer del surfista

De alguna manera, el investigador se instala para conocer parado sobre un campo móvil, dinámico, en transformación permanente, como jugando un equilibrio imposible sobre la cresta de las olas. Esta imagen permite mostrar de modo contundente el carácter casi imposible de este saber. Sin embargo, allí instalado y apertrechado para la ocasión, con algunos elementos necesarios, tiene que capturar esa fugacidad que lo desafía.

Para entender este interjuego en el que los jóvenes se construyen, a la vez que están demarcando posibilidades de futuro, es que se propone vincular conceptos de identidad, de tecnologías, de socialidad y de espacio público.

El carácter cualitativo del acceso planteado por esta investigación se pretende propicio para comprender los desplazamientos múltiples y sucesivos en los que los sujetos,



cambiantes, se hacen parte de este juego de saber.

El tema-problema de la identidad juvenil

La identidad entendida como construcción relacional, forjada en el vínculo con el otro, es el concepto fundante tomado de Gilberto Giménez (1997).

Un concepto que aparece asociado a este proceso identitario es el de evolución. La explicación atiende a que se trata en este caso de sujetos juveniles, marcados –especialmente aquí– por la experiencia escolar. La razón para sostener este vínculo de sentido se apoya en el conocimiento del campo educativo, que desde los procesos de reforma educativa sucesivos, producidos a partir de los años noventa, ha construido pocos saberes ciertos, uno de los cuales es sin duda el concepto de evolución, planteado por Darwin. Con él, la pelea por la supervivencia, la necesidad de adaptación de todos los seres vivos al entorno y la selección natural han dado pie a un modo de entender lo social fundado en la competencia, la legitimación de la exclusión y la instalación de una lógica natural para explicar los procesos sociales.¹

De esta manera, al referimos a la característica liquidez de los jóvenes, se hace referencia a la capacidad juvenil de modificarse y de adecuarse al entorno, así como de mimetizarse y de volver a cambiar. Con la agilidad de los gamos y la naturalidad con que las serpientes mudan su piel, saben defenderse adaptándose, y ése es el modo aprendido de sobrevivir.

Esa explicación se complementa entonces con las formulaciones antedichas, de manera que pueden pasar por identificaciones e interpe-laciones múltiples sin que alcancen

a forjar construcciones fijas, perdurables o esenciales. Esos tipos de construcción identitaria, más propios de los adultos, son claramente percibidos como condición de vulnerabilidad. Los jóvenes han visto a sus mayores desarmarse, desplomarse, sufrir cuando esas identidades eran rechazadas por el mercado laboral o por otra clase de fracasos y aprendieron que en ese espejo no se quieren ver. De ahí que ante la pregunta por cómo ven a sus padres relacionarse con las tecnologías, suelen plantear su falta de adaptación, su lentitud, sus yerros. Como dice Zemelman (2010), en este proceso de constitución de la subjetividad emerge una dialéctica de tipo memoria-utopía, que tensiona por un lado a partir de la tradición, como tendencia a la inercia, y por otro desde las visiones de futuro.

Preguntados por quiénes son y ante el pedido de que se presenten, los jóvenes muestran una definición “a prueba de errores”, que expresa aquello que hacen. Son un nombre y una ocupación, y en algunos casos también el fastidio ante la misma pregunta que hacen los docentes al iniciar un curso, sin originalidad, sin sorpresa e incluso denunciados como hipócritas, no queriendo oír aquello que preguntan. En idéntica actuación uno de los jóvenes responde: “Bueno, yo soy de La Plata y no tengo mucho más para contar”.

Al mirar a los otros, algunos se presentan ganadores (“Yo soy el más chico”, dice uno de ellos, pretendiendo la envidia del resto), pero en general primero prefieren el anonimato, poco después se abren buscando afinidades, al rato son casi compinches y al terminar la entrevista, inclusive, nos invitan a pasar un rato más compartiendo cordialmente. Se percibe claramente la capacidad de apertura, tanto como la búsqueda incesante de bienestar.

En la cándida expresión “yo soy el más chico” se pone de manifiesto que lo que lo hace merecedor de valor es, en este caso, una cualidad natural y a la vez contextual. Nada ha sido hecho consciente ni inconscientemente para merecer un galardón y, sin embargo, puede este joven ufanarse ante los demás. En otro momento de la charla él lo repite y amplía: “Soy el más chico de la Facultad”. La inocencia con que fue percibido al principio, en ese momento se torna desfachatez o clara interpelación. Su valor, precario, la edad, se convierte en un arma con la cual azuza y busca respuesta. El silencio de los demás empieza a ser su contestación.

Queda en claro que la pregunta por la identidad es una de las más difíciles y lo saben. A la vez, difícil y enojosa porque implica tomar decisiones. Entonces, a falta de discursos que la satisfagan hay que entender sus mecanismos de identificación, y allí encontramos a los amigos, ese colectivo que parece agrupar a cantidad de individuos, si uno atiende a los números que arrojan sus páginas de *Facebook*: cientos, pero que ellos, cuando la charla ya suavizó las dudas iniciales, definen como “no más de diez...”, abriéndose a una suerte de confianza. Son identidades inacabadas y ello los habilita a reinventarse de manera incesante. Freire decía que el grupo es la célula educativa básica (en Kaplún, 1998: 52).

Con sus vínculos de tipo grupal o amistosos comparten el deporte, las horas muertas, los pasillos de la facultad, los estudios, el boliche, “la vida” –en sus dichos–; a corta o a larga distancia, ya que a veces los amigos quedan en los lugares de origen o viajan a otras ciudades para estudiar; con tecnologías para superarlas o para no hablar en voz alta, como cuando en grupos comparten una reunión y por celular

se dirigen a otro presente. Forman grupos para practicar actividades diversas e individualmente realizan algún pasatiempo o se dedican a estudiar. En sus expresiones se observa el carácter grato, la valoración positiva de las prácticas grupales. Se sienten cómodos en ellas. La grupalidad se vive como una certeza o una seguridad. Se instalan en esos ámbitos definidos por lo colectivo, mecanismos de identificación, de reconocimiento, de reciprocidad. Por eso, estar solos se vive como un esfuerzo, como resultado de una negociación: la inversión necesaria para forjarse un futuro [estudiar, trabajar].²

Cuando nos detenemos ante la grupalidad que desarrollan, se hace presente la metáfora de la tribalidad –neotribalidad, en sentido estricto– de Maffesoli (2009). Es posible que éste constituya un gesto esperanzador, de despegue respecto de una racionalidad que constriñe la vida social, marcada por el designio de la Modernidad, trazado hace ya más de dos siglos. En él, el sociólogo francés ve un espacio donde domina la horizontalidad –opuesta a la verticalidad del proyecto moderno–, el deseo, los sentimientos, la comunión fraterna sin excepciones. En ese espacio de integración, de carácter holístico, se atisba una posible salida, sin discusión ni oposiciones, a un proyecto cultural que va pervirtiéndose en tanto se endurece en sus prácticas de poder.³

Se trata, sin dudas, de una concepción que ya tiene historia: los jóvenes no aceptan sin negociar, sin buscar su beneficio. Se apropian de circunstancias, de sentidos, “hacen la suya”, expresión que indica cabalmente hasta qué punto toman sus propias opciones.

El otro de las tecnologías

El vínculo trabado entre juventud y nuevas tecnologías no es nuevo ni sorprende. Sin embargo, hay que procurar comprenderlo en su participación dentro de los procesos de conformación identitaria. ¿Son las máquinas ese otro con el que identificarse? ¿Hay posibilidad de confusión entre el objeto material y los sentidos que media? ¿Son percibidos los dispositivos tecnológicos en su producción incesante de sentidos? ¿Qué clase de negociación establecen los jóvenes con las nuevas tecnologías? ¿Saben qué son las nuevas tecnologías? ¿Hay alguna relación entre espacio público y virtualidad? ¿Tiene relación el consumo de imágenes a través de los medios con sus modos de percibir? ¿Cambian las percepciones juveniles al dejar que las tecnologías sean organizadoras de su cotidianidad? Seguramente algunas de estas cuestiones puedan ser respondidas en el trabajo con los grupos de discusión.

La pregunta con la que iniciamos el tema fue, justamente, por la definición. Claro que siempre definir supone un conocer acompañado de una voluntad de expresar con claridad, con vocación de exactitud, actitudes todas englobadas por el actuar racional. Decir en esos términos es escindir el objeto del universo significable. Y si se trata claramente de una práctica racional, se podría agregar que también es parte de identidades modernas, esto es, fijas, ciertas. Por eso los jóvenes rechazaron la pregunta en intensidad y la respondieron por extensión, esto es, dando cuenta de cuanto aparato tecnológico conocen para la comunicación.

Ubicados ante el conocimiento de un vasto paradigma de productos tecnológicos, los jóvenes entrevistados se mostraron cautos, ni *tecnofílicos* ni *tecnofóbicos*; mostraron cuáles son sus usos, su dominio, sus saberes siempre diversos, las presiones a las que están sujetos (hacer un uso adecuado para sus estudios, comunicarse con sus afectos, manejar los lenguajes comunes: los videojuegos, el celular, *Facebook*, la computadora, el chat, estar socializado a través de estos medios, atentos a los peligros), sus reticencias en algunos casos, sus críticas, las paulatinas negociaciones que van efectuando. No promocionan ni se molestan; describen, narran, mostrando alguna reticencia a sostener posiciones firmes. En los casos observados, las diferencias no tuvieron relación con género o grado de escolaridad sino con actitudes previas, propias de cada uno, tendientes a la conservación (de una memoria familiar, de lo aprendido) o a la innovación. Las tecnologías exigen, a su modo, que estén ahí tanto como que estén disponibles. Con la certeza de que por allí pasa la novedad y de que acceder a ella les asegura su adecuación (porque están informados al minuto) a los nuevos tiempos. Incluso quienes no poseen estos recursos tecnológicos participan, ya sea trabajando en un ciber o recurriendo a uno eventualmente, aun cuando declaren con vivacidad tener que hacerlo a pesar de que las computadoras los aburren. La paradoja es doble, porque los dichos pertenecen a jóvenes afectos a los videojuegos, como si éstos constituyeran una clase de tecnología distinta, inconmensurable.

Un aspecto interesante a observar es el de la realidad o efecto de realidad que provocan estas nuevas

tecnologías. En ellas, nada hay que imaginar porque las tecnologías provocan un efecto de realidad tan fuerte que no logran desautomatizarla, distanciarse. Las percepciones dicen que el otro está ahí y la velocidad impresa reafirma la urgencia del contacto. Separar la percepción del resto de la experiencia mediática, para asumirla como tal, no es una práctica habitual. Cada uno de ellos tiene en claro lo que es fabricado o producido en los medios y no cabe encontrar en estos jóvenes confusión al respecto; sin embargo, la inmediatez en tiempo y espacio es una vorágine que licua los sentidos.

Resulta concomitante el tema de la reconfiguración del poder en el hogar que estas nuevas tecnologías plantean,⁴ en posible parangón con la imprenta.⁵ Éste es un tema que plantea Martín-Barbero y que ciertamente muestra un cambio en las percepciones, ya que antes se armaba para los niños desde la escuela una suerte de ámbito descontaminado de prácticas de poder, y que ahora absorben como es, tanto sea desde la TV como de Internet, que desnudan lo que la realidad tiene de corrupción de desencanto de hipocresía, de violencia. El permiso de interactuar con los medios resitúa la autoridad de los padres a la vez que rompe con la distancia respecto del mundo adulto. De esta manera, cuando se les pregunta por cómo ven a los adultos en su relación con estas tecnologías, ellos señalan que hay muchos profesores que tienen blogs, que sus padres tratan de aprender, que les cuesta mucho, y resulta curioso que ante aquellos adultos que aparecen a sus ojos *aggiornados*, la percepción sea indiferente o molesta (“Mi papá tiene *facebook* y me da bronca” o “eso del *PowerPoint* es re de los viejos. Que te manden un *PowerPoint* con una música de

fondo y van pasando las imágenes... Eso les divierte o les gusta”). A la inversa, se ve la presión de los padres sobre sus hijos que en aras de “salvarse” requieren de ellos su rápida formación, su incorporación al mercado laboral, que sean Diego Armando Maradona o actores juveniles, de manera que la inclusión familiar sea instantánea, aunque ellos también hayan negociado su lugar de poder. En este intercambio fluido de sentidos, hay actitudes que desarrollan respecto de los adultos difíciles de comprender, en tanto los critican por no saber manejar las tecnologías y a la vez los critican cuando, como ellos, pretenden seguir la novedad de los celulares o de las *laptops*. Creen, por un lado, que los adultos tienen menos posibilidades de adaptarse al futuro mientras que, como ellos han crecido con estos aparatos, podrán seguir adaptándose con la misma rapidez. En estas dos actitudes planteadas se observa cómo prefieren que los adultos sigan siéndolo, que no se “hagan” los jóvenes, porque no lo son. No aceptan “esa” falsedad, que no es lo mismo que decir que no aceptan lo falso. El problema está dado cuando el padre se desplaza de su lugar para hacerse amigo del hijo, instancia en la cual ambos se reconfiguran. Parece que estos jóvenes prefieren tener padres, porque ya tienen suficientes amigos.

En otras situaciones en cambio, se percibe que estos jóvenes miran a sus padres y tratan de entenderlos. Así lo expresan: “Mi vieja tiene 50 y mi viejo 49, y los dos manejan perfecto Internet y las nuevas tecnologías. Igual tuvieron un proceso de aprendizaje, porque mi vieja tuvo que trabajar con eso”. Saben que no son nativos digitales, que no aprendieron de manera espontánea ni en el posible aprendizaje

intergeneracional; saben en ese “tuvo que trabajar” que el imperativo categórico fue el deber de proveer y que mereció un esfuerzo. Esa expresión muestra la interpelación que en estos sujetos resuena: no se puede hacer lo que cada uno quiere, porque al crecer llegan las responsabilidades y hay que cargar con ellas. La respuesta solapada es un: “No estamos preparados todavía para eso”. Y el silencio es más elocuente. A veces asumen el cambio de roles con comicidad, riéndose de su papel de educadores (“Ya está. Ya te lo expliqué veinte veces [risas]”; “y encima se compró una máquina; la tiene ahí. Está metida y le enseñé a bajar series y películas [...]”) porque creerlo sería tan cierto como asumirlo. El rechazo del crecimiento es visible. A veces se refieren a los adultos tratando de disculparlos (“Y los grandes, yo creo que también lo quieren usar, como entretenimiento”), como si estuvieran demasiado presionados y necesitaran una fisura para evadirse. Y con la disculpa, se justifican. Si existe una disputa por el poder es por tener un saber válido que mostrar, es por exigir una paridad precaria, es por “parecer ocupados”, todo el día en una computadora, cuando la misma es usada tanto para jugar como para comunicarse, estudiar, trabajar, leer o distraerse. Ese poder los muestra “listos” para un futuro ante los adultos, a pesar de que nadie sabe qué saberes ese futuro requerirá.

En sus modos de relacionarse con sus pares, estas tecnologías, como se llaman, de información y comunicación, tienen un peso fuertemente condicionador de sus procesos de socialización.⁶

Así como antes hemos dejado planteado lo esperanzador que contiene el desenvolvimiento de esta neotribalidad, convendría de-

jar sentada la incidencia de estos medios para neutralizar ciertos sentidos que antes mencionamos, como la horizontalidad, el deseo, los sentimientos, la integración, la comunión fraterna. Es cierto que las tecnologías han generado herramientas al día de hoy diversas y personalizables para la comunicación en tiempo real y a cualquier distancia, así como para el trabajo colaborativo y el enriquecimiento mutuo, fundado en la reciprocidad y en la comunión fraterna, pero así como están disponibles para todos, también existen en el universo mediático mecanismos para la fragmentación social, el control y la vigilancia, el sostenimiento de la desigualdad, el deseo anclado en la sexualidad, el aburrimiento, la distracción, el enriquecimiento fácil y fraudulento, la indiferencia ética.

Saben que las tecnologías están y son parte de la cultura (Williams, 1992: 184), que no cabe promocionarlas ni evadirlas, que sólo es cuestión de apropiaciones. Por eso, en una ratificación plena de su ser todavía jóvenes es que las emplean para jugar, para juntarse, para proyectar el juego prohibido (la "rateada"). Los otros usos son parte de lo que tienen que hacer: estudiar, trabajar, comunicarse, permanecer ahí.



Esta manera de entender las tecnologías como parte de la cultura, prácticas sociales que como tales –parafraseando a Esther Díaz (1992)– generan dominios de saber, es un camino que se pretende alumbrador. Así, cuando se piensa en estos jóvenes, dotados de un conocimiento fundado en la experiencia que les ha permitido acumular poder, se puede reconocer cuánto se ha redefinido por el dominio de estas nuevas tecnologías. Probablemente estemos ante el quiebre de una tradición educativa que aseguraba la continuidad de una cultura y de un contrato social.⁷

Lo que viene es posible revisarlo a la luz de la historia de las tecnologías asociadas a la comunicación. Williams (1992: 190-191) es muy elocuente al respecto: “La relación entre una tecnología y sus instituciones más comunes se convirtió en la base, en un principio de diferenciaciones sociales específicas y, más tarde, inevitablemente de conflictos sociales”.

En estas dinámicas, por lo pronto, lo que se ha observado ha sido la diferenciación no conflictiva entre quienes tienen acceso a la virtualidad y quienes no, aunque éste no sea indicio alentador. La llamada brecha digital, la diferenciación entre alfabetos digitales y quienes no lo son, la distinción entre nativos e inmigrantes digitales son todas maneras de nombrar las distancias sociales que expresan una orientación, una tendencia a futuro.

Lo que llamamos –para empezar– el otro de las tecnologías tiene sentido en cuanto los procesos identitarios que estos jóvenes van construyendo –acorde a la definición extensional que ellos mismos proveyeron–, ponen su vida en rela-

ción con estos medios (recordemos que hablaron de celulares, máquinas de videojuegos, reproductores de audio, video, computadoras). De la mañana a la noche organizan sus usos, sus necesidades, sus posibilidades, al punto que podría preguntarse quién organiza a quién. ¿Se puede, para estos jóvenes, vivir al margen de este otro omnipresente? ¿No tendrá este vínculo un papel retroalimentador de la grupalidad? Si ser adecuado para estos jóvenes es una exigencia permanente de contexto, ¿qué sentido tendrá la introspección, la reflexión, el conocimiento de sí? ¿No será que esta manera de vivir atentos al otro y sin conocimiento interior de sí precariza sus construcciones identitarias personales? ¿Por qué la atención al otro es atención al par, al amigo, y no al resto de los semejantes? ¿Cómo pasó la atención de ser entendida como servicio a ser necesidad de contacto?

Se van viendo, de este modo, procesos en los que agruparse no es empoderarse ni conocerse sinónimo de aislarse. En la revoltura de sentidos, propia de nuestra época, ya no se hace necesario separar a los jóvenes como en épocas de dictadura. Y no lo es porque han perdido peligrosidad, es decir, ya no son sujetos de rebeldía o es que no hay, a su juicio, una realidad que cambiar. Pueden permanecer juntos y de alguna manera “acorralados” por esta manera de vivir que han inventado.

Bienestar y ciudadanía: ¿coexistencia en el espacio público?

Al referir la manera de vivir propia del grupo etario en cuestión, se plantea la pregunta por el espacio público.

Otra vez se avanzó sobre el conocimiento que pudieran tener de él. Pasada la desorientación inicial después de la pregunta por el espacio público, en este caso no se obtuvieron respuestas de la misma clase. Definieron caracterizando, poniendo rasgos a algo impreciso, algo a lo que a medida que iban describiendo se podría pensar que iban conociendo. Esta instancia fue, de todas, la más igualitaria. Ninguno sabía más que otro y sobre ese desconocimiento iban tentando atribuciones. Fueron momentos de aprendizaje colaborativo, porque a pesar de que los coordinadores no afirmaban ni pautaban, entre sí iban sacando el concepto de nebulosa para empezar a forjar certezas.

Las respuestas provistas por los jóvenes dicen que el espacio público es para ellos lo que tiene libre acceso (“adonde puede ir cualquiera”), lo que no se paga. Sobre estas bases empiezan a visualizarlo: son las plazas, dicen (es su primera asociación); luego siguen la Facultad, las oficinas públicas, entre otros. Al referirse a las plazas, pusieron de relieve que es un ámbito especial para la grupalidad (“A mí me encanta ir a las plazas. Con mis amigos hay distintas plazas para juntas”).⁸

Resulta evidente para estos jóvenes que es un beneficio el tener disponibles universidades públicas porque, de otro modo, reconocen que no podrían estudiar algunos de ellos (“Y acá, en Argentina, la educación es pública. Todo el mundo puede acceder a ella. Porque no tienen que pagar y tampoco es selectiva. No se selecciona”).

En este punto se observa que los sentidos de lo público están revueltos, se encuentran en transición, debido a que del espacio “de todos”, “gratis”, van generándose otros aledaños que complejizan,

no sólo el concepto, sino la apropiación que puedan efectuar. En la conversación se plantean diversas confusiones: “Tendríamos que cuidarlo, aunque no lo hagamos”; “hay mucho espacio público que nosotros no tenemos en cuenta, lo tenemos naturalizado, y vemos la calle nomás”; “lo que pasa es que lo público se confunde con el Estado, pero no es el Estado lo público. Lo público también puede ser privado. Lo público público, lo público privado, lo privado público, lo privado privado”. Allí se pone de manifiesto que no está claro quién vela por lo público, que sus límites son ahora difusos, que ha habido un avance del ámbito privado sobre lo público que reconfigura las prácticas, entendiendo así los modos nuevos de apropiación de los centros comerciales como los *shoppings*. En esta confusión que se asienta en los cambios culturales instalados desde los años noventa, con el neoliberalismo imperante, se ha sentido un conjunto de prácticas que promueve la fluidez entre espacios antes claramente delimitados. Este desplazamiento hizo posible la migración de la escuela pública a la privada, la instalación de los centros comerciales mentados, la demarcación del espacio público como dominio de la inseguridad –fuerza que moviliza esta liquidez de sentidos– y tierra de nadie. Lo colectivo del espacio público fue reconfigurado de lo comunitario a lo salvaje, bárbaro,⁹ con un consecuente sentimiento de anomia.

Los jóvenes entrevistados mostraron también desconocimiento del espacio público, en tanto lugar de participación en la cosa pública, de ejercicio de la ciudadanía. La participación política, muy a pesar de los programas de estudio escolares, sigue siendo ignorada. La participación en el espacio público

está directamente significada como esparcimiento. Así ellos se refieren a las plazas, a los pasillos de la facultad, al boliche. Esto expresa que la política ha sido confinada a determinados reductos, como los recintos legislativos, judiciales y oficinas públicas. La calle no es muestra de la expresión política popular, cuya forma ha sido por años el grafiti, sino de la política organizada, de la pintada, del cartel y del panfleto.

La gratuidad de lo público es entendida en idénticas proporciones como beneficio y como “tierra de nadie”. Inclusive se recogió alguna expresión que liga esa gratuidad a la acción del Estado. Al identificarse ahora la idea de Estado con la de Gobierno, el Estado se ha constituido en una suerte de espacio privado de gestión de lo público, noción que ha dado lugar a la corrupción instalada. Estos jóvenes no participan de la idea de Estado como cosa de todos, de manera que hasta pueden exigir el cumplimiento de sus responsabilidades, de las cuales quedan automáticamente liberados, como en el enunciado producido por uno de estos jóvenes: “Yo a lo que voy es a que si el gobierno no pone a alguien que limpie las universidades... no es mi tarea juntar los papeles del piso, yo voy a estudiar... Es tarea del gobierno, no mía; yo voy a estudiar, no puedo estar limpiando el piso”.

Queda en claro que la liberalización de los sentidos de lo público pone a los jóvenes en un lugar de uso, apropiación y disfrute desprovisto de responsabilidades y de conciencia del bien común, con lo cual sólo pueden ser solidarios con lo suyo. Como se trata de una práctica rara, diferente, uno de los entrevistados siente en este caso que debe justificarla: “Mi bicicleta es prácticamente pública. Se la he prestado a casi todos mis ami-

gos cuando la necesitaron, porque uno por ahí reparte volantes, quiere hacerlo más rápido: le presté la bicicleta. Me rompió el pedal, pero bueno... le presté la bicicleta... Después me puso un pedal nuevo. Y bueno, a una amiga también, que tenía que ir a circo, una vez le tuve que prestar la bicicleta porque le quedaba en la loma del orto y llegaba tarde y no tenía la suya”.

Más beneficioso como espacio público se mostró, en el diálogo, el “boliche”, ese ámbito –antes nocturno– de diversión. Para legitimar que se trate de un dominio público de gestión privada expresaron que para ellos, “lo que querés tenés que pagarlo”. Entienden que el boliche es ese espacio que se paga y brinda las seguridades de ser cuidados de los diferentes, a los que se mantiene afuera. En ese ámbito se expresan plenos. Allí lo único que importa es sentirse bien y, por ende, funciona como un nido. No importa, en definitiva, que sea hecho por otros ni que haya que pagarlo, ni que tenga restricciones (de edad, por caso), ya que pueden falsificar el documento o ayudarse entre amigos para poder entrar. No buscan provocar estas condiciones sino sólo disfrutarlas. Los jóvenes fluyen y se adaptan para pasarla bien.¹⁰

La virtualidad, en tanto espacio de vinculación de libre acceso pero no de acceso libre, dados los costos de los equipos, conexión, programas legales, electricidad, es vivida por estos jóvenes como un espacio público. En él dan continuidad a las prácticas de socialización como si se tratara de una extensión de la plaza, sólo que pueden combinarla con la oficina, el aula, la biblioteca o el escritorio de estudio teniendo todas las posibilidades a la vez. Es-

tas ventajas, con que se promueven las tecnologías de la información y la comunicación, ponen a los jóvenes en una rutina de desplazamientos antes desconocida, para la cual deben ejercer una plasticidad que les permita cambiar de ámbitos, de conversaciones, de roles y de funciones. En estos espacios virtuales negocian valores, principios, saberes y tiempo, y no es predecible saber si saldrán ganadores o perdedores.

Si se compara el acceso al boliche con el de los espacios virtuales, se puede ver que en los primeros intentan entreayudarse a la hora de entrar, ya sea abogando por algún amigo o juntando entre todos el dinero para las entradas, o prestándose la ropa necesaria; en los segundos también, prestándose una computadora con conexión, la conexión o el dinero para el ciber. Sin embargo, en ninguno de los dos casos ponen reparos a la restricción:¹¹ simplemente la aceptan porque se trata de reglas del juego ya impuestas. No preguntan desde cuándo ni por qué, de manera que como esta frontera escasamente demarcada entre lo público y lo privado existe desde sus infancias, la naturalizan sin reclamar ni exigir ni soñar otra manera de vivir en sociedad. Para ellos es una certidumbre lo privado. Se ayudan porque importa que el círculo de amigos participe de la diversión y no por una solidaridad de carácter humano. Es una solidaridad a medias, egoísta, que no rompe el molde instalado entre los adultos.¹²

No obstante, Salcedo Hansen (2002) sostiene que los espacios públicos, como espacios de encuentro social y construcción de ciudadanía, están desapareciendo, de acuerdo con la mirada de los

urbanistas posmodernos. La experiencia de estos jóvenes tiende a contradecir su afirmación. Habría en este punto que reconocer con él que, a la manera de Foucault (1992), “los espacios públicos son lugares donde el poder se expresa y se ejerce”. Ésa es una pauta fuerte para comprender por qué siguen las plazas apareciendo como espacio de socialidad. Hay que comprender el lugar que el poder otorga a la juventud para reconocer cuánto todavía hoy es considerada peligrosa, en razón de lo cual le otorgan espacios abiertos, controlables, donde su grupalidad es pasible de ser vigilada. Allí no hay atisbos de prácticas comunitarias ni de prácticas políticas y tampoco se requiere que las haya. El deseo de los jóvenes está fuertemente regulado desde los medios masivos de comunicación, como para temer que eso varíe. Hay que pretender objetos de consumo y placer sexual. Esta práctica de control es propia de las instituciones modernas y los jóvenes no se rebelan ante los márgenes dispuestos a su libertad, aunque en casos como el que aquí se anota, parecen ser bien conscientes de ellos: “Mis viejos viven cerca de la estación de tren y van un montón de obreros que van con los bolsos, y la policía no para a los que están con traje, para a los tipos que van a laburar o a los pibitos que están en bicicleta, entonces hay como cierta restricción del espacio público, entonces los van sacando para afuera, todo para afuera, hacen que los pibes estén en un circuito en el barrio y no puedan venir al centro y la gente del centro no va a los barrios porque tiene miedo; entonces ahí es como que hay restricciones, no sólo económicas, sino culturales”.



A pesar de que la muestra no pudo relevar prácticas de resistencia, Salcedo Hansen (2002) plantea: “Mientras el inconsciente espacial se hace equivalente a lo hegemónico, las prácticas de resistencia se dan en los márgenes, alterando los sentidos y usos espaciales, pero sin constituir discursos totalizantes que nos propongan un conjunto de prácticas completamente diferente, basados en premisas y valores diferentes a los hegemónicos”.

De hecho, sus modos de ejercer la apropiación del espacio público como ciudadanos hoy es reducida, si nos atenemos al hecho de militar en un partido político o debatir ideas públicamente, expresar utopías. Otras maneras aparecen en la actualidad ligadas al trabajo, sin que exista conciencia de la existencia de poderes que ordenan y regulan.

Como se planteara al principio, la idea de espacio público no había sido previamente aprehendida, en razón de lo cual las conversaciones fueron hilvanando experiencias, fueron afirmando percepciones y aunque no hubo conclusiones tajantes, sí los distintos grupos pudieron merodear el tema de la dependen-

cia/ independencia que promueven las nuevas tecnologías, en tanto espacios que hay que cubrir, que requieren presencia (virtual) con poca presión. No hubo acuerdos al respecto. Las expresiones salientes fueron las siguientes:

- “Ponés la radio con el *blackberry*, estás todo el día con el *msn* que tiene su propia radio en Internet hablando de marcas; ponés el celular en cualquier lugar, que en cualquier lado hay *wi-fi*. Entonces es como que se necesita seguir conectado, te metés en *Facebook*, lo levantás, hacés un listadito, contestás los *mails*”.
- “Una dependencia de hasta para hacer los trabajos, así sea lo mínimo, tenés una duda y ahí vas y te fijás o en un blog, en Internet o en algún trabajo pasado, o se da a veces cuando tenés que hacer un trabajo y pedís trabajos anteriores, todo por computadora, todo es una dependencia”.
- “La *notebook* es para crear una dependencia total de la computadora”.
- “Eso es como los teléfonos, ya no es necesario salir con una *note-*

book, todas las funciones las tiene el teléfono y es una dependencia, es un caos mental. Un día no entrar en la bandeja de correo, diría que es mortal, que ya son 24 horas... hay una dependencia brutal, pero a su vez se suman un montón de dispositivos que ayudan, ¿no?, a esa dependencia asumida”.

- “Se corta Internet y pareciera que se corta el mundo”.
- “No importa si se corta el gas: te bañás con el agua fría. Pero Internet es... ‘¿y qué hago?’”.
- “Pero también está que por ejemplo, que cuando te vas de vacaciones te vas a un lugar en donde no hay señal o te vas y no te podés comunicar, volvés y te pasa y te pasa, y lográs como desnaturalizar porque ya no estás dependiente, estás todo el tiempo y decís qué lindo poder vivir sin el celular”.

Y esta retroalimentación de los debates los hizo quedarse, porque no se conocían pero sintieron el respeto, el buen trato, se prestaron a colaborar y finalmente se manifestaron interesados en el tema, con lo que se dispusieron a quedarse conversando un tiempo más.

Esto movilizó a pensar si los jóvenes necesitan de espacios –públicos– en los que se los invite a dialogar y a pensar, o si están esperando que alguien los arme; por qué no son capaces de desatar su autonomía y generar sus propios proyectos. Posiblemente la respuesta esté dicha en este enunciado compartido al pasar, casi en la presentación, por una de las entrevistadas: “Y bueno, el gimnasio sí es algo que tengo que lo disfruto, realmente. Si voy, la cabeza está en cualquier otro lado que no es en la facultad y me distraigo. Si no, durante el día tampoco puedo hacer nada, no puedo salir porque,

un tema de estudio y bueno, nada, así que me tengo que amoldar a este ritmo de vida que no me gusta, es muy rutinario, pero bueno, es lo único que puedo hacer hasta que me reciba y empiece a trabajar y que haga las cosas que a mí me gustan. Y aparte que también dependo económicamente de mi mamá; yo por mí haría un montón de cosas más”.

Este enunciado dice, en su aparente soltura y desenfado, que lo que los adultos perciben como puro deseo de entretenimiento es en los jóvenes sobrecarga de presiones, ya no propiamente instaladas desde un deber ser trascendente, sino desde una experiencia concreta con la que han crecido que es la de sus padres, y esas presiones expresan de manera evidente la lucha denodada por la supervivencia. Ellos tienen que estudiar, tienen que trabajar, tienen que esforzarse porque la selva, el caos como perciben a la sociedad no les permite bajar los brazos y sentirse libres.¹³ Viven la rutina propia porque viven también la de sus padres. Reniegan de la dependencia, pero emanciparse sería meterse de lleno en ese universo de sentidos que los repele.

Conclusiones

Los jóvenes son críticos, rebeldes, resisten a los reiterados intentos de colonización de sentidos, de opresión, de exclusión. Sus capacidades están orientadas, como se aseveró al principio, hacia la adaptación.

Se afirma también que las percepciones juveniles son instantáneas, fugaces, móviles, especialmente visuales y escasamente sustentadas en una memoria social o comunitaria o en aprendizajes previos, en razón de la fragmentariedad propia

de nuestra época, que promueve la disociación entre el ámbito escolar y la multiplicidad de otros espacios en los que fluyen.

Se observa que aprenden aquello que practican antes que lo que leen o escuchan. Por eso tienen sobre sí el conocimiento de la experiencia de los adultos y el saber tecnológico. Si se cruza esta afirmación con la definición provista por el pedagogo argentino Nassif (1980: 348), docente en nuestras aulas universitarias, se puede ver la distancia respecto de una educación que se sostiene permanente, entendida como “desenvolvimiento integral del hombre en los rumbos de la criticidad, la participación, la construcción y la reconstrucción del mundo”, y la educación actual.

En cuanto a los espacios públicos, redefinidos por la introducción de las nuevas tecnologías, se nota que aparecen como un campo de sentidos en el que se ponen en juego los límites, las tensiones, los quiebres y continuidades entre lo previo y las nuevas formas de ser ejercida la ciudadanía y, especialmente, como lugar de encuentro donde se promueve la formación de identidades.

La liberalización de los sentidos, especialmente en lo referido a lo público, expresa la escasez de prácticas sociales adultas en relación con la ciudadanía. Está visto que los contenidos escolares no devienen aprendizaje hasta que no se ligan con su experiencia, de manera que si la misma no aparece inscrita en su memoria o en el presente de las prácticas juveniles, entonces sigue siendo un contenido abstracto.

Se puede concluir, fuera de todo panegírico, que los jóvenes no son cómodos ni inconscientes, sino sujetos de rebeldía que luchan por

echar fuera de sí la presión social impuesta, críticos de la sociedad frente a la que no saben cómo revertir ni transformar.

Posiblemente la educación de sesgo conductista implementada en estos años sea responsable de la falta de autonomía de estos sujetos y haya que revisarla. Posiblemente, también el ejercicio de la ciudadanía haya sido una práctica olvidada por los adultos y tengan que volver a ella para que los jóvenes se animen. Pero no es la juventud la única que está en el centro de las miradas; los niños empiezan a rivalizar ese núcleo de atracción y es probable que en lo próximo el trabajo de investigación deba abocarse al problema de las identidades infantiles. Entender qué piensan, sienten y sueñan es vital, tanto como comprenderlos para poder gestionar las políticas públicas necesarias para resguardarlos de la voracidad del consumo, tanto como para implementar las políticas públicas adecuadas para que crezcan en sociedades libres que busquen la plenitud.

Notas

1 Las críticas a este concepto han sido formuladas fundamentalmente por los pensadores de la posmodernidad.

2 Nótese, en este caso, la voz adulta que resuena detrás del enunciado: "Y ahora estoy trabajando en unos proyectos que salen de ahí, de diseño independiente y algunos grupalmente, digamos, así que en eso ando". Esa voz pone en evidencia que allí pesa el deber ser, formante del discurso de la modernidad aprendido, y no su propio deseo.

3 Como contrapunto, se podría presentar esa convicción de Paulo Freire, de acuerdo con la cual solamente los seres que históricamente se tornaron capaces de saber se tornarán, al mismo tiempo, capaces de intervenir en la realidad condicionadora, porque sólo los seres que se perciben condicionados pueden dejar de ser determinados. Sin embargo, se observa que el crecimiento y la maduración son percibidos por los jóvenes como un sufrimiento que no quieren para sí, resultado –hipotéticamente– de la mirada hacia los padres o hacia los adultos en general.

4 Podría hipotetizarse, al respecto, que no hay voluntad de conocer más allá del uso, que se trata de un conocer pragmático, fundado en la utilidad, criterio con el cual los jóvenes aparentemente desechan todo aquello que trasunte su uso presente. Con esta actitud ponen de relieve algunos posibles fundamentos de su práctica, como la utilidad, la búsqueda del beneficio y la instantaneidad, que combinados proponen la búsqueda del beneficio inmediato. En este sentido, y encadenando razonamientos, podría pensarse que es éste el criterio por el cual la escuela los aburre, ya que no propone para ellos más que una inversión a futuro. El puro presente que son y en el que se instalan también sería el corset que limita su proyección al porvenir.

5 En la *Revista Argentina de Juventud* Nº 3, se postula la necesidad de considerar, para comprender los usos y apropiaciones que los jóvenes realizan de las TIC, "la mirada adulta, las estrategias de control, las dinámicas familiares en su incorporación y la utilización muchas veces conjunta de las TIC entre padres e hijos". En este sentido, y volviendo sobre lo ya dicho,

cabe entender no sólo las vinculaciones sino también los eventuales cortes o disrupciones en relación con las elecciones que efectúan.

6 Todos los medios están ahí disponibles para su socialización, dice Jesús Martín-Barbero, los medios son nuevas formas de juntarse. De ahí que seguir pensando en los medios como agentes o instrumentos de transmisión sea un error, los medios conforman hoy el entorno en el cual realizamos y producimos nuestra vida, y nada de lo que hoy se hace o se pretende hacer escapa o puede escapar de ese contexto.

7 Hablar del quiebre de una tradición educativa implicaría reconocer que, si bien los adultos tienen sobre sí la responsabilidad de comunicar los saberes acuñados por la cultura, ya no detentan el poder de las aulas, que pasa a negociarse en términos de paridad con los jóvenes. Las derivaciones que esto puede acarrear, no obstante, todavía son materia de futurología.

8 Con ello también expresan, de manera implícita, que el hogar no es propio para las amistades. Aunque no ha sido ese tema especialmente indagado, convendría en la recapitulación de la historia de la vida cotidiana de las últimas décadas revisar, entre otras cuestiones a indagar, las percepciones de los adultos alrededor de la grupalidad.

9 Cfr. Teodosio, 2011.

10 Hubo a lo largo de la dinámica expresiones a favor de fiestas privadas que, en contraposición a los boliches, les resultan más atractivas y animadas. La pregunta es por qué no se formulan la posibilidad de organizarlas ellos, cuando otra instancia de esta misma investigación los muestra inquietos por contar con más propuestas de entretenimiento en la ciudad, ya que de otro modo les "resulta aburrida", como en este caso: "Con el tema del horario es un mambo. A las 5 ya está, no podés entrar a ningún lado. Y a las 6 ya te tenés que ir, según el lugar. Pero por eso, yo elijo las salidas o busco en el fin de semana alguna alternativa, una fiesta en tal lado o cualquier cosa, si no es todo lo mismo".

11 Al respecto, Jesús Martín-Barbero (1997) ironiza la tecnofobia respecto de la cual se cree que "terminará aislando al adolescente, absorbiéndole el cerebro, volviéndolo insolidario y asocial", puesto que es la sociedad

la que modela a estos jóvenes, "insolidaria y competitiva, individualista y *neorrca*, que ellos asimilan desde su experiencia familiar y escolar".

12 En el trabajo que el equipo de investigación viene realizando (en editorial Mimeo), se ha podido observar en el caso de los jóvenes de edades más cercanas a los 30 años, la nostalgia del barrio y de la cordialidad habitual entre vecinos. No hay registro en cambio de la participación en esos espacios de prácticas comunitarias, vale decir, no existe una memoria que amplíe en estos jóvenes el paradigma de la socialidad.

13 Percepciones recogidas a lo largo del trabajo de investigación.

Bibliografía

- AA.VV. "La apropiación de las TIC por jóvenes de sectores populares urbanos en espacios de acceso público", en *Revista Argentina de Juventud*, N° 3, La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata, 2010.
- BARTHES, Roland. *Mitologías*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970.
- BAUMAN, Zygmunt. *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- DÍAZ, Esther. *Entre la tecnociencia y el deseo. La construcción de una epistemología ampliada*, Buenos Aires, Biblos, 2007.
- y HELER, Mario. *Hacia una visión crítica de la ciencia*, Buenos Aires, Biblos, 1992.
- DÍAZ LARRAÑAGA, Nancy (Coord.). *Informe final de investigación Temporalidades*, La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata, Mimeo, 2011.
- ECHEVERRÍA, María de la Paz y VIVIANI, Tomás. "Algunos sentidos sobre el espacio público. Interacción colectiva de jóvenes platenses en grupos de discusión", XII Congreso de RedCom, Mendoza, UNCuyo, 2010.
- FREIRE, Paulo. Entrevista publicada en el *Jornal Folha de Sao Paulo*, San Pablo, 4 de mayo de 1997.
- FOUCAULT, Michel. *Vigilar y castigar*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1992.
- GIMÉNEZ, Gilberto. "Materiales para una teoría de las identidades sociales", en *Frontera Norte*, México DF, Vol. 9, N° 18, 1997.
- KAPLÚN, Mario. *Pedagogía de la comunicación*, Madrid, De la Torre, 1998.
- NASSIF, Ricardo. *Teoría de la educación: Problemática pedagógica contemporánea*, Bogotá, Cincel-Kapelusz, 1980.
- MAFFESOLI, Michel. *El reencantamiento del mundo. Una ética para nuestro tiempo*, Buenos Aires, Dedalus, 2009.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús. "Globalización y multiculturalidad: notas para una agenda de investigación", en *Ensayo y Error*, N° 3, Bogotá, 1997.
- SALCEDO HANSEN, Rodrigo. "El espacio público en el debate actual: una reflexión crítica sobre el urbanismo postmoderno", en *EURE on-line*, Vol. 28, N° 84, Santiago de Chile, 2002, pp. 5-19.
- TEODOSIO, María Antonieta. "Los jóvenes y el cambio social", en *Revista Question*, Vol. 1, N° 29, La Plata, Instituto de Investigaciones en Comunicación, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata, Verano de 2011. Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/viewFile/573/872> [consulta: 21 de junio de 2012].
- WILLIAMS, Raymond. "Tecnologías de la comunicación e instituciones sociales", en WILLIAMS, Raymond (ed.). *Historia de la Comunicación*, Vol. 2, Barcelona, Bosch, 1992, p. 181.
- ZEMELMAN MERINO, Hugo. "Sujeto y subjetividad: la problemática de las alternativas como construcción posible", en *Polis*, N° 27, 2010. Disponible en <http://www.revistapolis.cl/polis%20final/27/art15.htm> [consulta: 21 de junio de 2012].